

1
GNAZIO VUELVE A VIGÀTA

Gnazio Manisco reapareció en Vigàta el 3 de enero de 1895, a los cuarenta y cinco años, y en el pueblo ya nadie sabía quién era, ni él conocía a nadie, tras veinticinco años en América.

Hasta que tenía casi veinte años había trabajado como temporero, y se había desplazado con su madre y una caterva de braceros, de campo en campo, donde ora había que hacer la escamonda de los árboles, ora recoger almendras u olivas, habas o guisantes, ora tomar parte en la vendimia.

De su padre no sabía nada de nada, salvo que se llamaba Cola, que se había ido a América cuando él aún estaba en la barriga de su madre, y que ya no había vuelto a dar señales de vida, ni buenas ni malas. Entonces su madre vendió la casa en la que vivían en el pueblo, de una sola habitación —total, los braceros no necesitan techo, duermen al raso, bajo las estrellas y, si llueve, se refugian debajo de

los árboles—, y se metió el dinero en un pañuelo apretado en la pechera. Al final de cada semana, sacaba el pañuelo y guardaba el dinero de la paga que había conseguido economizar.

La cuadrilla de braceros a la que pertenecían Gnazio y su madre, porque Gnazio había empezado a trabajar a los cinco años por un cuarto de paga, estaba al mando del tío Japico Prestia, que los llamaba a todos «piojos». A los siete años, al oír que lo llamaban «piojo», Gnazio se enfadó.

—Usted, señor Japico, debe llamarme Gnazio, yo no soy un piojo.

—¿Te ofendes porque te llamo así?

—Sí.

—Te equivocas. Esta tarde te lo explicaré.

Cuando tenía ganas, el tío Japico, una vez terminado el trabajo y antes de que anocheciera, se ponía a contar historias y todos se reunían para escucharlo. Por eso aquella tarde contó la historia de Noé y el piojo.

—Cuando el Señor Dios se cansó de los hombres, que se hacían siempre la guerra y se mataban sin cesar, decidió borrarlos de la faz de la Tierra con el diluvio universal. Y de esa extinción habló con Noé, que era el único

hombre honesto y bueno que había. Pero Noé le hizo notar que, junto con los hombres, morirían también todas las bestias, que no tenían la culpa del desdén del Señor. Entonces el Señor le dijo que fabricara una barca de madera, llamada arca, y que hiciera entrar en ella una pareja, un macho y una hembra, de todos los animales. Así, el arca flotaría y después, pasado el diluvio, los animales habrían podido procrear. Noé también obtuvo permiso para llevar en el arca a su mujer y a sus tres hijos, y luego preguntó al Señor cómo conseguiría advertir a todos los animales del mundo. El Señor le dijo que ya lo pensaría él. En resumen, para hacerlo breve, cuando todos los animales entraron, empezó el diluvio. Tres días después, una noche, mientras todos dormían, Noé oyó una vocecita en su oído:

»—¡Patriarca Noé! ¡Patriarca Noé!

»—¿Quién es?

»—Somos dos piojos, marido y mujer.

»—¿Piojos? —¿Y qué eran? Noé nunca los había oído nombrar—. Y ¿dónde estáis, que no os veo?

»—En tu cabeza, en medio de tu pelo.

»—¿Y qué hacéis?

»—Patriarca, el Señor Dios se olvidó de ad-

vertirnos del diluvio. Pero nosotros nos enteramos y trepamos a ti.

»—¿Y de qué vivís, piojos?

»—Vivimos de la suciedad que hay en la cabeza del hombre.

»—¡Podéis moriros de hambre! ¡Yo me lavo el pelo todos los días!

»—¡Ah, no, patriarca! ¡Te comprometiste a salvar a todos los animales! ¡Nosotros tenemos tanto derecho a alimentarnos como las demás bestias! ¡Por tanto, desde ahora y mientras dure el diluvio, no debes lavarte!

—¿Y sabéis por qué, muchachos, el Señor Dios se había olvidado de advertir a los piojos? Porque los piojos son como los temporeros, que hasta Dios se olvida de que existen.

Cuando oyó el cuento del tío Japico, Gnazio juró que en cuanto pudiera cambiaría de oficio.

Tenía diecinueve años cuando su madre murió porque nadie le hizo caso cuando la picó una víbora. En el pañuelo en que su madre tenía los ahorros encontró más dinero del que se esperaba y entonces decidió partir él también a América.

Pero ¿cómo llegaría a América, que estaba en la otra punta del mundo? Pidió explicacio-

nes a su primo, Tano Fradella, que ya había hecho los papeles y estaba a punto de partir.

—¿Qué hace falta?

—Ante todo, el pasaporte.

—¿Y qué es?

Tano se lo explicó. Y también le dijo que, para obtenerlo, debía presentar una instancia al delegado de Vigàta. Y Gnazio se presentó al delegado.

—¿Qué quieres?

—Quiero hacer los papeles para irme a América.

—¿Cómo te llamas?

Gnazio se lo dijo.

—¿Cuándo naciste?

Gnazio se lo dijo.

—¿Cómo se llaman tus padres?

Gnazio se lo dijo.

Y también le dijo que su madre había muerto y que no sabía si su padre aún estaba vivo o había muerto en América.

—¿Y quieres ir a buscarlo a América?

—¡Pero si ni siquiera sé cómo es!

Entonces el delegado miró unos folios que tenía sobre el escritorio y a continuación exclamó:

—¡Blandino!

—A sus órdenes —dijo, mientras entraba, un uniformado de guardia.

—Ponle las esposas.

—¿Por qué? —preguntó Gnazio, extrañado.

—Por no haberte presentado a la leva.

—¿Qué es la leva?

—Debes hacer el servicio militar.

—Nadie me dijo nada.

—Había carteles de llamada a las armas.

—Pero yo no sé leer ni escribir.

—Haber pedido a alguien que te los leyera.

Estuvo cinco días en la cárcel. A la mañana del sexto día lo llevaron a Montelusa, a un sitio llamado distrito militar. Le hicieron desnudarse. Gnazio estaba abochornado y se tapaba las vergüenzas. Un hombre con bata blanca, después de haberlo mirado por delante y por detrás, dijo:

—Apto.

Entonces se adelantó alguien vestido de marinero y le espetó, con mala cara:

—¡Atención!

¿Qué significaba? Gnazio miró a su alrededor, no vio ningún peligro y le preguntó:

—Perdone, pero ¿por qué debo estar atento?

El otro se puso a gritar como un enajenado.

—¿Haciéndonos los graciosos, eh? ¡Ya te haré tragar tus ocurrencias! ¡Ve a meterte con aquellos de allá!

Y le señaló a una decena de jovencitos como él. Gnazio fue.

—Mañana mismo nos embarcan —dijo uno.

—¿Y por qué nos embarcan? —preguntó Gnazio.

—Porque nos toca hacer de marineros.

¿Embarcarnos? ¿Mar adentro? ¿En medio de las tempestades? ¿En medio de las olas más altas que una casa de tres plantas? ¿En los mares donde hay pulpos tan grandes como una carroza, que te cogen y te tiran hacia abajo, y te ahogan? ¡Por Dios! ¡Justo a él le tocaba hacer de marinero, a él que no quería ver el mar ni en pintura! Se puso a gritar como un desesperado:

—¡Marinero, no! ¡El mar, no! ¡Por el amor de Dios! ¡Marinero, no!

Y tanto hizo y tanto chilló que lo pasaron a soldado de infantería.

Como militar, se lo pasó bien. Lo mandaron a Cuneo y cuatro días después un sargento preguntó si había alguien que supiera podar árboles. Gnazio sólo comprendió la palabra árboles, y preguntó:

—¿Qué quiere decir podar?

El sargento se lo explicó. Escamondar, eso quería decir podar.

—Yo sé cómo se hace —dijo.

Al día siguiente, se encontró trabajando en un trozo de tierra propiedad del coronel Vidusso, un gran caballero, que hizo lo necesario para que hiciera una mili breve y se ocupó de conseguirle los papeles para la partida. En resumen, embarcó cuando apenas había cumplido los veinte años.

Durante todo el viaje estuvo en la bodega del vapor, en medio del hedor de los demás emigrantes, gente que se cagaba y se meaba en los pantalones y vomitaba continuamente, pero nunca subió al puente, le daba tanto miedo sentir el mar en torno que siempre temblaba como por las fiebres tercianas.

En Nueva York fue a buscar a Tano Fradella, que hacía de albañil, dado que en aquella ciudad el campo no estaba cerca. También él empezó a hacer de albañil.

Pero ¿qué clase de edificios construían en América? Altísimos, pero tan altos que a uno le daba vértigo cuando se encontraba trabajando en el trigésimo piso y corría el riesgo de caer cabeza abajo. Pero, cuando caminaba por

la ciudad, Gnazio veía muchos árboles y jardines muy hermosos.

—Pero ¿quién cuida de los árboles y los jardines? —preguntó un día a Tano Fradella.

—Gente pagada por el Ayuntamiento de Nueva York.

—¿Y dónde está ese Ayuntamiento?

—Tanto da, Gnazio, a ti no te cogerán.

—¿Por qué?

—Primero, porque no sabes leer ni escribir. Y, segundo, porque no conoces la lengua de América.

Al día siguiente, que era domingo, un paisano le explicó que en Muttistrit, cerca de donde vivían Tano y él, había una maestra, la señorita Consolina Caruso, que daba clases particulares. El mismo día, Gnazio se presentó ante la señorita Consolina, que era setentona, enjuta, con una cara que parecía una calavera con gafas, antipática. Se pusieron de acuerdo en el dinero y el horario. La maestra le daba clases cada tarde, de ocho a nueve, junto con un niño de siete años que aprendía más deprisa que él y se reía cuando se equivocaba.

En resumen, después de tres años de clases, Gnazio escribió la instancia al Ayunta-

miento, que fue aceptada. Lo llevaron a un jardín, lo vieron trabajar y una semana después lo contrataron como jardinero.

No le pagaban demasiado, pero sí lo suficiente, y era dinero seguro.

Fue así como algunas ancianas de Broccolino empezaron con las medias palabras.

—Gnazio, ya va siendo hora de que pienses en formar una familia.

—Pero, tú, Gnazio, ¿no piensas casarte?

Y comenzaron a dar nombres:

—Hay una buena chica, la hija de Minicu Schillaci...

—Quiero que conozcas a Ninetta Lomascolo, que es una chica de oro...

Pero él esbozaba una risita y no respondía nada.

Casarse en América significaba morir en América y él no quería morir en América, él quería morir en su tierra, cerrar los ojos para siempre ante un olivo sarraceno.

Cuando tenía ganas de una mujer, porque era un joven de sangre caliente, se lo decía a Tano Fradella, que era un experto en asuntos de mujeres. Éste salía de casa y una hora después regresaba con dos chicas tan hermosas que no alcanzaban los ojos para mirarlas.

Una mañana, cuando aún estaba oscuro y volvía del velatorio de la señorita Consolina, que había muerto, la muy desdichada, salió de un portal un viejo asqueroso y sucio, con el aliento que hedía tanto a vino que te emborrachabas con sólo estar cerca de él, y agarró a Gnazio por las solapas de la americana.

—Venga, paisano, págame una copa —dijo con voz lastimera.

—Pero ¿no has bebido bastante? ¡Estás borracho a esta hora de la mañana! —le replicó Gnazio, mientras intentaba que le soltara.

—¿Y a ti qué te importa si estoy borracho?

Quizá fue por cómo estaban hablando, por la entonación que daban a las palabras, que se detuvieron y se miraron.

—¿De dónde eres? —preguntó el viejo.

—De Vigàta. ¿Y tú?

—Yo también. ¿Cómo te llamas?

—Gnazio. ¿Y tú?

—Cola. Cola Manisco. ¿Entonces? ¿Me pagas una copa o no?

—No —dijo Gnazio, y le dio un empujón que tiró a su padre contra la pared.

Y no se volvió cuando el viejo comenzó a gritar que era un maricón y un hijo de puta.

No habló con nadie del asunto, ni siquiera con Tano Fradella.

Y tampoco habló con nadie de otro asunto.

Sabía que en Broccolino había personas, personas importantes, personas de consideración, en resumen, mafiosos de respeto, pero él con esa gente nunca había querido compartir el pan.

Un día, que era precisamente el día en que cumplía cuarenta y cuatro años, uno de ellos, que se llamaba Jack Tortorici, lo llamó aparte mientras estaba en una taberna tomando un poco de vino y le dijo:

—Mis amigos y yo necesitaríamos un favor.

—Si puedo...

—Puede, puede. ¿Usted trabaja en el Lincoln Park?

—Sí.

—¿Tiene presente la parte del parque que toca con la treinta y ocho *strit*?

—Sí.

—Hay una veintena de árboles, ¿recuerda?

—Claro.

—Basta con que usted haga morir una decena. De la otra decena se encarga otra persona.

—¿Hacerlos morir? ¿Por qué?

—Porque así se pueden construir edificios.

—¿Y cómo se les hace morir?

—Con el veneno que le daremos nosotros. Es líquido, basta con mojar la tierra donde están las raíces. En tres meses...

Gnazio palideció.

—Se ha equivocado de persona. Yo no mato ni cristianos ni árboles.

Tortorici lo miró, no dijo nada, le dio la espalda y se marchó.

Tres días después lo mandaron a trabajar precisamente al Lincoln Park, a reemplazar a un irlandés llamado O'Connor.

Cuando llegó, el irlandés estaba bajando de un pino de unos treinta metros de altura y le dijo que faltaba podar las ramas más cercanas a la copa.

Pero Gnazio no subió enseguida al árbol. O'Connor había cortado las ramas un poco a la ligera y las había dejado esparcidas. Gnazio las recogió e hizo una pila bien ordenada justo debajo del pino. Después se puso la eslinga y subió. Cuando llegó a la altura de las ramas que debía podar, se quitó la eslinga y se aferró a la rama que estaba encima de su cabeza. En un instante, la rama crujió, y en un abrir y cerrar de ojos Gnazio notó que había sido cortada de modo que no aguantara su peso, pensó

que había sido O'Connor y cayó. La suerte quiso que fuera a parar sobre la pila de ramas que había hecho él mismo, de lo contrario se hubiera dejado la piel.

En cambio, sólo se rompió una pierna.

Cuando salió del hospital, el médico le dijo que cojearía durante el resto de su vida.

Pero ¿cuánto viviría? Ése era el busilis.

Sin duda, Jack Tortorici volvería a intentarlo, dado que la primera vez no había conseguido matarlo.

No podían dejarlo vivo, temían que hablara. Por fuerza debían matarlo, no tenían otra opción.

Así que decidió despedirse y cambiar de aires. El jefe de la oficina, que era un napolitano llamado De Francisco, le dijo que lo sentía, que había sido un buen trabajador y «¿qué hacemos con el dinero?».

—¿Qué dinero?

—¡Eh, chaval, despierta! ¡El del seguro!

Gnazio se extrañó, no había pensado en ello.

—¿De veras? ¿Y cuánto me toca?

—Un montón de dólares, chaval.

Fue corriendo a casa, hizo la maleta, dejó una nota a Tano para decirle que se volvía a

Vigàta y cogió una habitación en un hostel fuera de Broccolino.

Dos meses después, apenas el seguro le hubo mandado un montón de dólares, como había dicho el napolitano, se embarcó, permaneció en la cabina que compartía con otras tres personas, y no pegó ojo durante todo el viaje, sea por el rumor del mar, que lo hacía sudar de espanto, sea porque, cargado de dólares como iba, temía que alguien, mientras dormía, se los pudiera robar.

En Vigàta se alojó en casa de un pariente lejano, Sciaverio, que le alquiló una habitación. Como el suelo de la habitación era de tierra batida, Gnazio, de noche, y tratando de no hacer ruido, cavó un agujero debajo del somier de la cama y guardó los dólares.

Comenzó a hacer correr la voz de que quería comprar una parcela de tierra. Luego, busca que te busca, supo que en la comarca de Ninfa había dieciocho hectáreas en venta y que el precio estaba bastante bien.

En cuanto vio dónde estaba situado el terreno, le dio un vuelco el corazón.

La comarca de Ninfa era una especie de península que entraba en el mar como la proa de un vapor y las dieciocho hectáreas en ven-

ta estaban justo en esa punta, así que el mar la rodeaba por tres lados, sólo uno confinaba con la tierra. Es más, con un camino de herradura. Pero en ese lado de tierra había un olivo sarraceno que la gente decía que tenía más de mil años. Era el árbol ideal para morir contemplándolo.

Y fue el olivo el que persuadió a Gnazio de comprar el terreno.

Pero había algo raro. Las dieciocho hectáreas estaban abandonadas desde hacía tiempo, llenas de malas hierbas, y a los pocos almendros que quedaban les costaba mantenerse en pie, secos, áridos y maltrechos.

Pero la tierra era buena, Gnazio la había probado palmo a palmo llevando consigo una garrafa de vino. A cada paso se agachaba, cogía una pizca de tierra entre el pulgar y el índice y se la ponía sobre la lengua, sintiendo su sabor. Que no debía ser ni demasiado amargo ni demasiado salado, ni demasiado dulce ni demasiado ácido, ni debía saber demasiado seca o demasiado fresca.

«El sabor de la tierra rica y fina / es igual que la naturaleza femenina», había oído decir al tío Japico cuando aún hacía de temporero. Luego bebía unos sorbos de vino para enjua-

garse la boca, daba otro paso y se volvía a agachar para coger otro pellizco.

Pero si la tierra era tan buena, ¿por qué nadie la había comprado en tantos años, a pesar de que el precio era bajo? Se lo preguntó al intermediario.

—Bah... —dijo éste, mientras se miraba la punta de los zapatos.

—¡Usted tiene que saberlo! —insistió Gnazio.

—No sé nada.

—¡Entonces no compro la tierra!

—Está bien, está bien —dijo el intermediario, que no quería perder su porcentaje—. Parece que hace unos sesenta años, Cicco Alletto, que había comprado estas dieciocho hectáreas al barón Agnello, dado que había trabajado hasta tarde, se quedó a dormir en un pajar.

—¿Y...?

—En un momento dado, se despertó. Había oído lamentos.

—¿Y de quién eran?

—Bah. El hecho es que aquella noche se volvió loco.

Estaba claro que el intermediario conocía la historia, pero no se la quería contar entera.

—¿Y ahora la tierra de quién es?

—De un nieto de un nieto de Cicco Alletto, que se llama Cicco Alletto.

—Quisiera hablar con él.

—Pero ¡está en Palermo!

Gnazio comprendió que le estaba mintiendo, pero lo dejó correr.

—Está bien, trato hecho —dijo, al tiempo que tendía la mano al intermediario.